

Cómo criticar el texto de un colega

Pasa a veces. Alguien se entera de que te gusta la literatura, tal vez de que escribes, incluso. Y entonces te pasan un texto suyo para que le eches una ojeada y le des tu opinión.

“A ver qué te parece”, dicen. ***“Pero di lo que piensas de verdad”***, añaden.

Para mí ya no es así, pero antes, cuando me veía en una de estas, lo vivía como una encerrona.



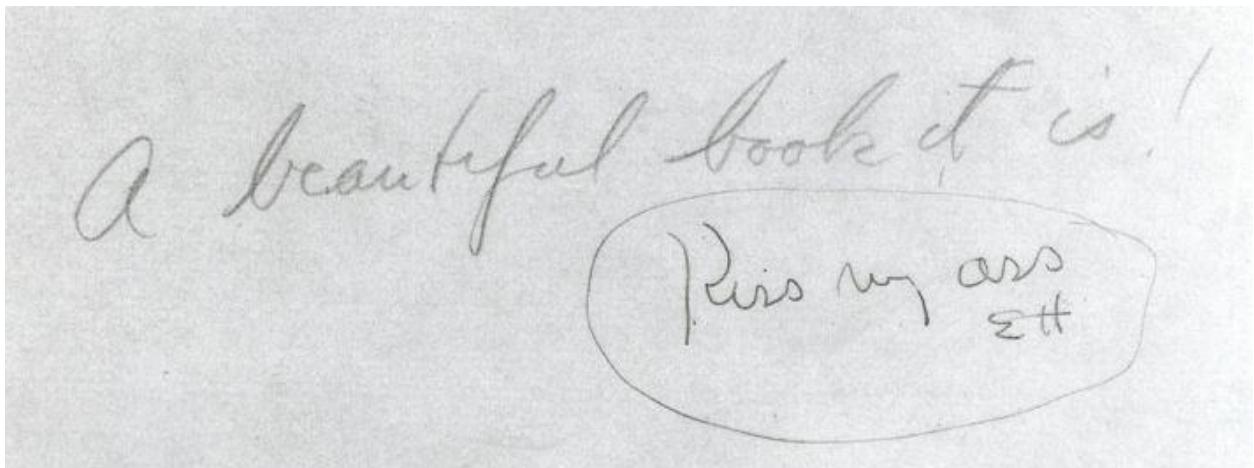
Esta era la prisión de un escritor (Polonia)

Porque es algo halagador que alguien te pida tu opinión, pero también despierta algunos miedos y responsabilidades. A dos niveles ([y no hay que confundirlos nunca](#)):.

- Primero, el **personal**. Porque uno puede querer estimular y apoyar, pero ¿y si no te gusta? Todo el mundo pide sinceridad, ¿pero cuántos la aceptan realmente? ¿Y cómo nos equivocamos más, desanimando a alguien -quizá- excesivamente o inflando orgullos de forma forzada por no herir?
- Pero luego, claro, está el **texto** en sí. Que puede tener sus méritos, pero no gustarte porque no eres su público. O gustarte a pesar de ver claramente sus limitaciones. Por otra parte ¿hasta qué punto es válido el criterio propio en lo que se refiere a *gustos*? ¿Y cuánta influencia quiere uno tener basándose sólo en ellos?

Es decir, que la gente -yo mismo hasta hace un tiempo- se arma unos bolos *que pa qué*.

Tengo entendido que hay escritores de éxito que, cuando un fan les pide opinión sobre sus textos, suelen tirar con bala y a matar. “*Si el escritor es como tiene que ser, seguirá escribiendo y le servirá para mejorar*”, piensan, o se justifican pensando. Otros, hacen a sus secretarios contestar a cada carta, ensalzando cualquier aspecto del texto recibido y relacionándolo con su siguiente novela, “*de pronta publicación, y que podrá encontrar en su librería de confianza*”. A eso, los del marketing, le llaman **fidelizar**.



A Hemmingway, por ejemplo, no le gustaba que Scott Fitzgerald le hiciera críticas facilonas.

Como yo no quiero *suicidar* kafkas prematuramente, ni tampoco vivo de lo que escribo (al menos no *devenderlo*), he desarrollado un método para esto. Consiste en hacer lo siguiente:

- Empiezo por **declinar responsabilidades**. No debería hacer falta, pero no está de más decirlo. Dejar claro desde el principio que es mi criterio y sólo mi criterio. Que el autor es el único con potestad, y que aplique su propio filtro respecto a lo que yo le diga y que jamás cambie nada si no está convencido. ¡Anda que no he dicho tonterías yo en mi vida! Preguntádselo a mi sobrina, ya veréis lo que os responde...
- A continuación me limito a **describir lo que veo** al leer. Los recursos que encuentro que el autor ha utilizado, los estilos, los personajes, el narrador... cualquier cosa muy objetiva.
- Eso me sirve para explicar lo que el uso de esos recursos **me produce como lector**. Algunos me resultarán simpáticos, irónicos o inquietantes. Unos me aceleran la lectura, otros me ralentizan. Habrá los que despierten mi curiosidad, y otros que me desubiquen.
- Y entonces, esta es la parte complicada, **interpreto si eso funciona para lo que yo creo** que el autor está intentando hacer. “¿Es eso lo que quieres hacer?” Le pregunto al escritor. Y sí la respuesta es que sí, entonces, bravo. Y si es que no, entonces le advierto de lo que me ha ocurrido a mí al leerlo e intento explicar por qué, basándome en lo ya comentado. Señalar clara y justificadamente lo que no funciona y, especialmente, los aspectos más peligrosos: aquellos que me “expulsan” del relato. (Porque no me los creo, porque son incoherentes, etc...))
- Cuando tengo la suficiente confianza con la persona y se me ocurre algo, **puede que plantee otras posibilidades** que encuentro. Pautas para que al otro investigue y pueda llevar el texto más lejos -o lo quea *mí me parece* más lejos- si le da la santa gana.

En realidad, la clave de lo que comento está en no fijarse tanto en lo que “*me gusta o no me gusta*” y más en el “*lo consigues o no lo consigues*”. Cuanto más conocimiento técnico de escritura se tiene más fácil es hacerlo, seguro. Pero opino que esto lo puede hacer cualquier lector un poco ordenado, capaz de identificar qué partes del texto le han causado una sensación u otra. Así que no hace falta ser filólogo, precisamente, para aplicar este sistema. Creo que, de esta manera, **se puede ser sincero, enriquecer al que lo recibe y comprometerse menos con respecto a otros factores más personales o subjetivos**.

Nota: Si alguien quiere ver un ejemplo, os paso unos comentarios que hice sobre un relato que me mando el otro día el [Santo](#). Hace unos meses, por pura curiosidad, me pidió algún libro sobre creación de relatos. Le pasé [el de Zapata](#), claro. El muchacho se lo leyó y ha escrito dos cositas breves que creo que tienen muchos méritos. Os dejo, con su permiso, la segunda de ellas para que veáis lo que es capaz de hacer -ya- el muy maldito y cómo le apliqué éste método de crítica:

- [Lo tengo en limpio](#) (para no daros la joda con mis comentarios).
- [Y comentado](#) (para ilustrar con un ejemplo lo que digo en el post). Las notas las hago sobre el propio texto, marcando en verde las cosas que más conseguidas me parecen, en rojo las que menos y en azul otros posibles comentarios.

TE CUENTO UN CUENTO DE BABALÚ

...Ella nunca más pisará, lo sabe, este lugar donde ha sido feliz. Esta es la única clase de peligros que realmente teme: estará prohibido mirar, prohibido retroceder hacia este tiempo que ahora se está terminando y hacia este casco de una hacienda en ruinas.

...Él sigue durmiendo. Es raro que duerma tanto. Nunca puede dormir más de un par de horas, y hasta eso le resulta difícil, por culpa del maldito zumbido que no se le apaga nunca en el centro de la cabeza. La camisa de él, abierta sobre los pechos de ella, parece un camisón de fantasma; le llega casi a las rodillas. (...) Ella piensa que le pedirá que le deje la camisa. No, un regalo no, no te pido que me la regales: quiero tenerla, pero que siga siendo tuya.

...Abre la boca pero ella se adelanta y, sin mirarlo, dice:

— *Ya sé que te vas. Sé que te vas hoy, ahora.*

Él se asombra. Lo había olvidado. Es increíble. La voz baja, casi ronca, de ella, suena a noticia, no a reproche. Pero, ¿realmente lo había olvidado?

... — *Soñé con un pájaro gigante, que llevaba una ciudad adentro. El pájaro subía y subía y...*

Ella mueve la cabeza, los ojos tristes, la boca contenta. Hay tantas cosas que quisiera decirle.

— *Vas a enfermarte, ahí, en la ventana.*

Decirle: desde que te conozco, todos me encuentran cambiada. Decirle: quiero tenerte como tengo mis piernas o mis manos. Decirle: ya sé que también para ti será difícil. Pero yo no sé lo que quiero ni para qué nací, para que estoy hecha, por qué...

Y simplemente comprueba, sin el menor dramatismo:

— *Yo sabía que te ibas a ir.*

Él frunce las cejas, no dice nada. La mira. Quisiera lamerla, como a un helado. Nunca había sentido, con nadie, lo que siente con ella. ¿Será posible ahora volver a ser nada más que la mitad de algo?

...Me vuelvo para pelear contra la corriente, podría decirte, aunque no vea todavía la costa. Y aunque nunca, nunca, vea la costa. Llevo años en esto, y todavía le debo a esto todos los años que me quedan. ¿O decirte cuál ha sido el nombre con el que nací, darte una señal de identidad anterior a tantos pasaportes falsos y a tantas fronteras atravesadas? ¿Para qué? Tú misma me contaste que entre los indios del Alto Orinoco está prohibido mencionar a los muertos: ellos sí son sabios, dijiste. No vale la pena. Ni pedirte que me esperes, aunque me muera de las ganas, volveré a buscarte, no dejes de esperarme, nunca, pronto, cuándo: volveré y... llegarán otros hombres, ella los amará: está certidumbre le pasa por la cabeza como la sombra del ala del pájaro gigante con el que había soñado. Le pasa por la cabeza y le duele. Tramposo, se acusa. Se siente inútil. Todo se hace tan difícil. Irse, ¿es un deber o una estafa? Piensa que será duro partir y duro vivir sin ti: matarte en la memoria, para que no me duelas. ¿Podré? Y ella, como si lo hubiera escuchado pensar, piensa que lo odia porque él podrá...

ENCARNACIONES DE NIÑOS QUEMADOS

El Padre estaba a un lado de la casa poniendo una puerta para el inquilino cuando oyó los chillidos del niño y la voz alterada de la Madre entre los mismos. Pudo moverse deprisa, y el porche trasero daba a la cocina, y antes de que la puerta mosquitera se cerrara de un golpe a su espalda el Padre pudo contemplar toda la escena, la olla volcada en la baldosa del suelo que quedaba justo delante de la cocina y la llama azul del fogón y el charco de agua en el suelo todavía humeando mientras sus muchos brazos se extendían, el bebé con el pañal holgado de pie y rígido mientras le salía vapor del pelo y del pecho y los hombros de color rojo intenso y los ojos en blanco y la boca muy abierta y dando la sensación de estar de alguna manera separada de los ruidos que estaba emitiendo, la Madre apoyada en una rodilla intentando secarlo absurdamente con el trapo de fregar los platos y soltando gritos tan fuertes como los de su hijo, tan histérica que estaba casi paralizada. La rodilla de ella y los piecitos descalzos y suaves seguían en el charco humeante, y lo primero que hizo el Padre fue coger al niño por las axilas y levantarlo del charco y llevarlo al fregadero, donde tiró varios platos y accionó el grifo de un golpe para que corriera agua fría por los pies del niño mientras con la mano ahuecada recogía agua y se la derramaba o bien se la arrojaba sobre la cabeza y los hombros y el pecho, con el objeto de que antes que nada dejara de salirle vapor, y la Madre detrás de su espalda invocando a Dios hasta que él la mandó por toallas y vendas si es que tenían, el padre moviéndose deprisa y bien y con su mente masculina vacía de todo salvo aquello que estaba haciendo, sin darse cuenta todavía de la ligereza con que se estaba moviendo o del hecho de que había dejado de oír los chillidos porque oírlos lo paralizaría y le impediría hacer lo que hacía falta hacer para ayudar a su hijo, cuyos gritos eran tan regulares como la respiración y tardaron tanto en apagarse que acabaron por convertirse en una cosa más de las que había en la cocina, algo más que eludir para moverse con presteza. La puerta trasera para el inquilino, fuera, colgaba a medio atornillar de su bisagra superior y el viento la movía un poco, y un pájaro posado en el roble del otro lado de la entrada para coches parecía observar la puerta con la cabeza inclinada mientras seguían saliendo gritos del interior. Las peores quemaduras parecían estar en el brazo y el hombro derechos, el color rojo del pecho y la barriga se fue volviendo rosado bajo el agua fría y el Padre no podía ver ampollas en las suelas suaves de sus pies, a pesar de lo cual el bebé todavía tenía los puños cerrados y chillaba, aunque tal vez ahora de forma puramente refleja y por miedo, el Padre no sabría hasta más tarde que había pensado en aquella posibilidad, con la carita dilatada y venas nudosas abultándole en las sienes, y el Padre no paraba de decir que estaba allí, que estaba allí, a medida que le bajaba la adrenalina y que una furia hacia la Madre por permitir que pasara aquello empezaba a acumularse de forma intermitente en el fondo más recóndito de su mente, todavía a horas de distancia de ser expresada. Cuando la Madre regresó él no estuvo seguro de si envolver o no al niño con una toalla pero acabó por mojar la toalla y envolverlo, lo lió bien fuerte y levantó a su bebé del fregadero y lo puso en el borde de la mesa de la cocina para tranquilizarlo mientras la madre intentaba examinarle las plantas de los pies, agitando una mano en las inmediaciones de su boca y emitiendo palabras absurdas mientras el Padre se inclinaba y ponía la cara delante de la del niño sentado en el borde a cuadros de la mesa repitiendo el hecho de que

estaba allí y tratando de calmar los chillidos del niño, pero el niño seguía gritando sin aliento, con un sonido agudo, puro y brillante que podía pararle el corazón y con los labios y las encías granulosas ahora teñidas del color azul claro de una llama baja o eso le pareció al Padre, gritando casi como si siguiera debajo de la olla inclinada y sufriendo el mismo dolor. Así pasaron un minuto o dos que parecieron mucho más largos, con la Madre al lado del Padre hablando en tono cantarín a la cara del niño y la alondra en la rama con la cabeza inclinada a un lado y una línea blanca apareciendo en la bisagra como resultado del peso de la puerta inclinada hasta que la primera voluta de vapor apareció perezosamente desde debajo del borde de la toalla y los padres intercambiaron una mirada y abrieron mucho los ojos: el pañal, que cuando abrieron la toalla e inclinaron a su niño hacia atrás sobre el mantel a cuadros y desabrocharon las lengüetas reblandecidas e intentaron quitarlo se resistió un poco provocando más chillidos y resultó estar caliente, el pañal de su bebé les quemó las manos y vieron dónde había caído realmente el agua y dónde se había acumulado y había estado quemando a su bebé todo aquel tiempo mientras él gritaba pidiendo ayuda y ellos no lo habían ayudado, no se les había ocurrido, y cuando se lo quitaron y vieron el estado de lo que había allí la Madre dijo el nombre propio de su Dios y se agarró a la mesa para no perder el equilibrio mientras el padre se daba la vuelta y le pegaba un puñetazo al aire de la cocina y se maldecía a sí mismo y también al mundo y no por última vez, y ahora su hijo podría haber estado dormido si no fuera por el ritmo de su respiración y por los ligeros movimientos acongojados de sus manos en el aire de encima del sitio donde estaba tumbado, unas manos del tamaño del pulgar de un hombre adulto que habían agarrado el pulgar del Padre en la cuna mientras el niño miraba cómo la boca del padre se movía al cantar una canción, con la cabeza inclinada y dando la impresión de mirar algo situado más allá, algo que hacía sentirse solo a su Padre, como apartado. Si nunca han llorado ustedes y quieren llorar, tengan un hijo. «Break your heart inside and something will a child» es la canción gangosa que el Padre vuelve a oír casi como si la mujer de la radio estuviera allí a su lado mirando lo que han hecho, aunque horas más tarde lo que el Padre menos podrá perdonarse es lo mucho que quería un cigarrillo justo mientras estaban envolviendo la entrepierna del niño lo mejor que podían con vendas y con dos toallas de mano cruzadas, después el Padre lo levantó en brazos como si fuera un recién nacido, cogiéndole el cráneo con la palma de la mano, se lo llevó corriendo a la camioneta recalentada y quemó los neumáticos hasta llegar al pueblo y a la sala de urgencias del hospital dejando la puerta del inquilino abierta y colgando durante el día entero hasta que la bisagra cedió, pero para entonces ya era demasiado tarde, para cuando la cosa fue irreversible y ellos no llegaron a tiempo el niño ya había aprendido a salir de sí mismo y ver cómo sucedía todo lo demás desde un punto en lo alto, y lo que fuera que se perdió entonces nunca más volvió a importar, y el cuerpo del niño se expandió y echó a caminar y ganó un sueldo y vivió su vida sin inquilino, una cosa entre cosas, y el alma de su yo fue en gran medida vapor en lo alto, que caía como la lluvia y luego se elevaba, y el sol subía y bajaba como un yoyo.

LA CHATARRERÍA

En la chatarrería, donde no se podía jugar, siempre se encontraba algo que nos hacía llegar tarde a la hora de comer. Jaime miraba con cuidado dentro de los coches apilados. Una vez nos encontramos un pomo de cambio de marchas con una herradura. En un coche con llamas pintadas en las puertas, que tenía un montón de cristales rotos por dentro. Mirando desde tan lejos, Jaimito, no vas a encontrar nunca nada interesante. El coche con las llamas pintadas estaba en un escondrijo por donde creo que no habíamos mirado nunca. Que raro, porque venimos casi todas las mañanas desde que terminaron las clases. Hoy hemos encontrado una muñeca rota. A mi no me gustan las muñecas, pero esta daba miedo. Se parecía a la de la película que tampoco nos dejaban ver el otro día.

-¡Juan txo, teníamos que habernos ido hace media hora! Mi madre me va a gritar-. Jaime siempre está dando la tabarra. Si mi madre estuviera en casa, seguro que yo no tendría que esperar a que mi padre terminara de hacer todo.

-¿Tienes miedo de que te grite tu mamá, o es qué te da miedo la muñeca?- levanto la muñeca y Jaime mira al suelo. Mi padre hace todo, pero nunca termina de hacer bien nada.

Entre las dos piezas de cultivo del tío de Arkaitz había un riachuelo. En las orillas crecía un árbol que no tenía un gran tronco. Eran mas bien ramas gordas que crecían en ambas orillas del río. Por fuera parecía un arbusto gigante. Pero entrabas entre las hojas y podías trepar por las ramas anchas de dentro. Los dos palmos de riachuelo pasaban por debajo. Cuando nos juntábamos varios a la sombra del espacio que había dentro, a veces, contábamos historias. Hoy fuera picaba el sol con fuerza. Jaime nos dijo algo de cómo Duna tuvo cachorros en invierno. En invierno la familia de Jaime vive en la ciudad. Yo, en cambio, voy al cole en la ciudad todos los días y vuelvo a dormir al pueblo. Casi media hora de viaje, que por la tarde se me hace interminable.

¡A qué no haces esto!- Dije justo antes de saltar de una pila de coches a otra. Jaime saltó con decisión. No estaba muy alto, pero si te caías ahí la antitetánica te la ponían casi seguro. Después nos sentamos en un renault semiescacharrado, con muelles que salían de la tapicería de los asientos. Tenía los tres retrovisores; del de dentro colgaban dos dados de peluche. Jaime era un detective vigilando un mafioso ruso y yo, en el asiento del conductor, un padre que volvía cabreado del trabajo. Al final: Llegábamos a casa, Jaime espiaba al ruso en su casa desde la ventanilla; yo esperaba con las manos en el volante, porque no me apetecía entrar en casa y cuidar de mi familia.

A veces con nuestras bicis llegábamos a lugares más alejados del pueblo. Más o menos hacia el norte, por esa carretera tan peligrosa que nuestros padres no nos dejaban coger, íbamos hasta una colina arbolada. El lugar era mágico y poco frecuentado. En un extremo de la colina había un barranco no muy grande, pero pronunciado. Junto al barranco había un claro entre los

árboles. Era un espacio llano que parecía una terraza, o un mirador. Cuando llegábamos abandonábamos nuestras bicis y nos sentábamos al borde del barranco. Tenía que insistir mucho a Jaime para que fuéramos hasta allí, porque tenía miedo de que su madre se enterase que habíamos pedaleado por esa carretera.

-¿Hace cuánto que no ves a tu madre?- Me preguntó Jaime.

-Casi dos meses. La última vez mi padre se cabreó un montón, porque mi madre se había tomado unos vinos antes de llevarme de vuelta a casa. Mi madre es muy divertida; sobretodo cuando se toma unos vinos. Mi padre en cambio es un aburrido-. Dije todo esto mientras saltaba de piedra en piedra junto al borde del precipicio.

-¿De dónde sale ese humo?

-¡Antes lo he dejado todo muy bien apagado! He estado quemando unas... pero lo he apagado todo bien.

Nos quedamos mirando un momento. Inmediatamente miramos los dos a la vez nuestras bicis y salimos pitando. Llegamos hasta donde la pista de tierra se unía con la carretera. Por una vez Jaime iba por delante de mí. Seguro que lo primero que hace es contárselo todo a los mayores en cuanto lleguemos. El camión no hizo nada de ruido al aparecer de la curva junto a la intersección. Yo todavía no había llegado al cruce. Jaime acababa de meterse en la carretera. Creo que era la primera vez que lo hacía sin mirar antes.